



ACTUALIDAD

5

LOS COMUNISTAS ITALIANOS De Livorno a Rimini

Lucio COLLETTI

Paolo Spriano, en su *Historia del Partido Comunista Italiano*, obra de 1967, definía ya el congreso de Livorno de enero de 1921, el congreso de la escisión entre socialistas y comunistas, como un «hito» destinado a renovar continuamente polémicas historiográficas y políticas. Entonces había pasado medio siglo o poco menos. Hoy, a setenta años de distancia, las polémicas historiográficas parecen adormecidas, mientras que se despiertan las políticas. ¿De dónde partir para una reconstrucción de aquel hecho?

Creo que el punto de partida debe ser el discurso con que Turati saludó a los comunistas que se iban del PSI, que acompañó su salida. Se trata de un discurso muy bueno, muy profético, que puede resumirse en estos términos: os alejáis en favor de una experiencia que estará destinada a un dramático fracaso. Hace años, no recuerdo ya en qué circunstancia, le pregun-

taron a Umberto Terracini si Turati había tenido razón o no, y Terracini, muy honestamente, dijo que Turati había tenido razón y los comunistas no. Es significativo, porque Terracini, en el seno del primer grupo dirigente del partido comunista recién nacido, estaba alineado en las posiciones más extremas, hasta el punto de enfrentarse en el Komintern con Lenin. En el 21, la ruptura se

produce en torno a un eje central que es la democracia política: la socialdemocracia ve el elemento de diferencia del bolchevismo y del leninismo en el hecho de que se debe avanzar hacia el socialismo a través de la democracia política, no a través de atajos. Es destacable el hecho de que la socialdemocracia de que hablamos sigue siendo la clásica, la marxista: Kautsky y Turati eran marxistas. Es sólo en la segunda posguerra cuando la socialdemocracia abandona la herencia marxista y cambia sus fundamentos ideológicos. Es importante subrayarlo porque la polémica leninista ha influido tan profundamente que muchos, finalmente, han acabado por creer que la socialdemocracia —y hablamos sobre todo de la socialdemocracia histórica y fundamental, la alemana— ya no tenía nada que ver con el marxismo. Naturalmente, detrás del problema de la alternativa entre democracia y atajo revolucionario se oculta una diversidad de análisis: la socialdemocracia se había mantenido fiel al análisis clásico de Marx, por el cual el tránsito al socialismo podía darse sólo en los países de alto desarrollo capitalista, es decir en Occidente y, más precisamente, en Alemania; Lenin, en cambio, con la teoría del imperialismo y del eslabón más débil, había llegado a hacer aparecer como una consecuencia del análisis marxista el hecho de que la revolución socialista se hubiese producido en un país como la Rusia zarista, a pesar de ser profundamente atrasado. Subrayadas estas diferencias, debe decirse que la socialdemocracia de esa época es marxista, es decir que comparte con los bolcheviques el programa último, la propiedad pública de los medios de producción y, por lo tanto, la abolición de la propiedad privada de esos medios. Los socialdemócratas logran hacer compatible tal objetivo con los mecanismos de la democracia parlamentaria, porque comparten aún la tesis clásica del marxismo según la cual, a medida que el capitalismo se desarrolla, se desgastan los sectores intermedios, la pequeña y mediana empresa, y la sociedad se va polarizando, teniendo en un

extremo a un grupo de magnates de la industria y de las finanzas, y en el otro a una masa proletaria acrecentada por la proletarianización de los sectores medios. El proletariado se convierte en una mayoría tal como para expresar a través del respeto a los mecanismos democráticos una solución política y proletaria. Y naturalmente tiene peso el hecho de que, a pesar de todo lo que se ha dicho acerca del carácter democrático de la socialdemocracia alemana, ésta nunca ha concebido una teoría del partido similar a la planteada por Lenin en su *¿Qué hacer?*

—Veamos concretamente cuáles fueron los puntos discordantes entre socialdemócratas y comunistas

—El primer punto de conflicto es el de la democracia política: la socialdemocracia alemana había asimilado el marxismo con la democracia política, porque había recibido una fuerte influencia del viejo Engels, aquel que había llegado a un replanteamiento del marxismo juvenil, abriendo un espacio al reconocimiento de la democracia política. Tal autocrítica se asienta en el hecho de que es esencial a la transformación socialista la conciencia política de la clase obrera y del proletariado. Esta conciencia política es incluso la condición para que se pueda tener una expresión democrática y no puede ser eludida ni pasada por alto mediante ningún atajo revolucionario.

—Este es el primer punto de ruptura. ¿Hay algún otro?

—El otro punto de ruptura donde, a juzgar por los hechos consumados, parece que la socialdemocracia tenía razón a pesar de todo, reside en el hecho de que era imposible hacer una revolución socialista en un país atrasado como la Rusia zarista, porque los fenómenos de burocratización extrema, de concentración de todos los poderes en manos de una minoría de dirigentes, son fenómenos que presuponen precisamente una sociedad atrasada. Sobre estos dos puntos

fundamentales, yo creo que un análisis histórico objetivo, no sectario, debe reconocer la validez de las objeciones que la socialdemocracia hizo en aquella época. El discurso de Turati fue, pues, profético, no sólo por sus virtudes personales, sino porque de algún modo estaban justamente fundadas las argumentaciones que él extraía de la base ideológica y cultural de que disponía, es decir la de la socialdemocracia alemana, un gran partido que tenía un programa máximo y lo recogía del marxismo. Los programas de los partidos estaban divididos entonces en un programa mínimo y en un programa máximo. El programa mínimo contenía reivindicaciones concernientes a la democracia que entonces se llamaba burguesa: la difusión del sufragio, el papel de los sindicatos, de la cooperación y así sucesivamente, hasta proponer una posible forma republicana del Estado; el programa máximo contenía, en cambio, los principios que se consideraban indispensables para realizar la transformación socialista de la sociedad. Digo esto porque querría extraer una conclusión importante, importante hoy por lo menos desde el punto de vista político inmediato: que el reformismo actual no tiene nada que ver con Turati ni con Kautsky, por la sencilla razón de que, habiendo salido completamente del cauce del marxismo en la segunda posguerra, reniega de los objetivos últimos tradicionales de la doctrina marxista: es decir, en esencia, la colectivización de los medios de producción. Esto no significa que dicho reformismo considere pacífica, no conflictiva, la coexistencia de democracia y capitalismo: reconoce, por el contrario, que entre democracia y capitalismo sigue encendida una conflictividad que, naturalmente, puede alcanzar un grado mayor o menor. Sólo que al mismo tiempo reconoce también que la economía capitalista es la organización más eficaz para producir riqueza.

—Esta opinión suya sobre el reformismo tiene seguramente algunos aspectos que interesan a la actual situación italiana.

—Esta ligada con la cuestión que ha surgido en las discusiones políticas recientes acerca del nuevo nombre adoptado por el Partido Comunista Italiano. En ese nombre se han anulado completamente la referencia al socialismo y el nuevo grupo dirigente comunista defiende esta opción con el argumento, a menudo afirmado también por autoridades externas, de que la crisis no afecta sólo al comunismo sino también a las socialdemocracias. No se puede poner en un mismo plano un fracaso de proposiciones mundiales, trágicas, que han suscitado varios millones de víctimas, como es el fracaso del comunismo soviético, y la llamada crisis de las socialdemocracias occidentales. Son dos crisis que no pueden compararse, porque las socialdemocracias occidentales pueden tener todas las dificultades que queramos, pero han construido el Estado social, el llamado Estado del bienestar, donde la clase obrera de los países europeos occidentales ha tenido la posibilidad de alcanzar grados de ascenso económico, civil y político que todos conocemos. Es evidente que el Estado social ha generado unos inconvenientes, sobre todo el desarrollo de formas asistenciales que han acabado por perjudicar el desarrollo económico. Estos inconvenientes, sin embargo, no son tan graves, en mi opinión, como para impulsar a una restauración del librecambismo salvaje; evidentemente, quien no quiera apostar del todo por los automatismos del mercado, que además de equilibrio produce desequilibrios, preservará algo de las estructuras, aunque sean revisadas y modificadas, del Estado social creado por las socialdemocracias europeas.

—Volvemos a la valoración que el futuro PDS hace de una crisis que se ha definido a menudo como mundial.

—Inicialmente Occhetto planteó la cuestión en estos términos: ha fracasado el «socialismo real» tanto como las socialdemocracias, así que es necesaria una tercera vía. Se ha vuelto a proponer así esa hipotética tercera vía, uno de cuyos protagonistas

había sido Occhetto cuando, bajo Berlinguer, había llegado a ser miembro de la dirección y, finalmente, de la secretaría del partido. Esta tercera vía era el modo del que se había servido el Partido Comunista Italiano para declarar su rechazo de principio a transformarse en un partido socialdemócrata. Aquí está el punto fundamental: el partido comunista, en su gran mayoría (frente del «no», moción Bassolino y parte preponderante de la moción Occhetto con la única exclusión, pues, del ala reformista de Giorgio Napolitano), expresa, precisamente en vísperas del congreso de Rimini, es decir el congreso de la muerte y renacimiento, su rechazo a convertirse en un partido socialdemócrata en el sentido de las grandes socialdemocracias europeas, y lo hace buscando pretextos, aduciendo como motivo el hecho de que si el «socialismo real» está afectado por la crisis, tampoco se salva de ella la experiencia de las socialdemocracias occidentales. En este rechazo se percibe muy bien la persistencia del elemento comunista originario. El partido comunista ha nacido como partido leninista, con la base de un acto de condena radical de las socialdemocracias occidentales, que entonces eran marxistas, y tal acto de condena se repite tácitamente hoy de alguna manera, con gran comodidad, porque tiene la apariencia de una transformación extrema que supera incluso la fase de las socialdemocracias. Detrás de tal apariencia, en realidad se mantiene un prejuicio antisocialdemócrata que ha constituido el hilo conductor del Partido Comunista Italiano desde el congreso de Livorno hasta la muerte de Berlinguer, así como hasta la secretaría Natta y la secretaría Occhetto. Paradójicamente, ahora que el partido comunista no defiende ya la reivindicación de una economía colectivista, las socialdemocracias, que antes eran acusadas y denigradas por ser demasiado de derecha y por administrar la sociedad capitalista-burguesa sin abolirla, hoy son acusadas de ser demasiado de izquierda, es decir, ligadas aún a viejos esquemas. En consecuencia, el partido nuevo, en su nombre, en su enseña,

no contiene ninguna alusión al socialismo, en tanto signo de otra etapa.

—Por lo que usted dice me parece inevitable, pues, que el reformismo de hoy conserve su dimensión socialista.

—Completando el discurso sobre el reformismo contemporáneo, debe decirse que todo el razonamiento de modo más o menos episódico por el nuevo grupo dirigente comunista, para justificar el abandono de la palabra socialista, se manifiesta en verdad como falso y fundado en el vacío, porque en realidad el reformismo moderno y, por lo tanto, la tradición socialdemócrata contemporánea, están connotados y calificados por otras cosas: en el plano de la teoría económica y sobre todo de la política económica, las socialdemocracias contemporáneas se mueven en el cauce de la tradición abierta por Keynes y, por lo que respecta en particular al socialismo italiano, el punto de referencia ya no es Turati, sino —y no es casual— el socialismo liberal de Rosselli, es decir una posición en virtud de la cual se encuentran unidos aquellos que en el siglo pasado parecían enemigos clásicos: es decir, el liberalismo por un lado y el socialismo por otro. Porque el socialismo, con su mayor sensibilidad por el mundo del trabajo y, por lo tanto, por las formas de justicia social que son compatibles con una economía de mercado, se configura como una expansión de las instancias liberales, en el sentido de que acoge finalmente aquel elemento integrador de la tradición liberal clásica que fue expresado por el *New Deal* rooseveltiano: que todas las otras libertades, al no haberse superado la dependencia de la necesidad, se convierten en ventajas relativas.

—Al eliminar cualquier referencia al socialismo en el nuevo nombre, los comunistas han logrado también eludir la obligación de dar al PSI una respuesta sensata y coherente a la propuesta de la unidad socialista. ¿Usted qué opina al respecto?

—Yo creo que Craxi tiene razón cuando insiste en la unidad socialista y la contrapone a las otras fórmulas como unidad de la izquierda o alternativa de izquierda y así sucesivamente. Creo, no obstante, que no ha explicado bien estas razones. ¿Por qué para mí es justo reivindicar la unidad socialista? La unidad socialista no implica, por cierto, un acto de subordinación del partido comunista o ex-comunista al Partido Socialista Italiano. Debería implicar algo mucho más sencillo y razonable: que un partido comunista, registrando la conclusión —por no decir el fracaso— de su propia experiencia (y de alguna manera es esto lo que registra cuando decide el cambio de nombre y de símbolo), no puede tener otra salida natural que la de convertirse en un partido socialdemócrata de la izquierda europea. Nosotros nos encontramos en este aspecto frente al extraño hecho de que, por un lado, el Partido Comunista Italiano pide entrar en la Internacional Socialista, compuesta fundamentalmente por partidos socialdemócratas, y, por otro, se niega a compartir el terreno ideológico y político que caracteriza a las socialdemocracias europeas. Esto significa la unidad socialista: prescindiendo de las formas organizativas, la recomposición unitaria de las izquierdas en Italia puede producirse sobre bases claras si éstas son socialdemócratas, de socialismo democrático y liberal. Como alternativa a este significado fundamental, cualquier otra forma de unidad de la izquierda caería en una repetición de la vieja táctica frentista.

—**En una reciente entrevista en L'Unità, usted ha subrayado la supervivencia en el seno del futuro PDS de un fuerte sentimiento anticapitalista.**

—Tomemos la moción del «no» (Natta, Ingrao, Cossutta, Tortorella, etc.). Reivindicando el mantenimiento de la tradición y del nombre comunista, evidentemente reivindica al mismo tiempo la instancia de una superación del sistema capitalista. Esta instancia

de la superación del capitalismo está presente también en la moción Bassolino. También dentro de la moción de Occhetto encontramos discursos que aluden, aunque sea en formas más sutiles y ocultas, a la exigencia de traspasar los límites del sistema capitalista. Entonces nos encontramos frente a un Partido Comunista Italiano que, en la mayor parte de las varillas que componen el abanico actual, reivindica, aunque lejana, una perspectiva de tipo anticapitalista, afirmando no obstante ser la única fuerza auténticamente reformista, pero negándose al mismo tiempo a llamarse socialdemócrata. La unidad con un partido comunista, aunque sea con el nombre cambiado, caracterizado por estas posiciones, volvería a tomar la forma de una unidad de la izquierda según los viejos módulos, es decir, según los módulos frentistas. Y esto es importante decirlo, porque una recomposición de la izquierda en Italia, que se produzca con un gran partido comunista alineado en una posición anticapitalista, da lugar a una «alianza» destinada al fracaso, porque la izquierda puede triunfar, en Italia o en las demás sociedades industriales avanzadas europeas, sólo a condición de que llegue a afirmarse en el centro, es decir de que conquiste también el consenso y la confianza de los sectores pequeño y medio burgueses, los llamados sectores intermedios que, frente a una perspectiva de superación del capitalismo, sabemos bien cómo se comportan: reaccionan tapándose la nariz, pero votando a la Democracia Cristiana a falta de algo mejor.

—**A setenta años de Livorno y después de los hechos de 1989, muchos esperaban que fuese más inmediata una recomposición de la izquierda. Usted, en cambio, parece plantear una situación aún inmutable y destinada a seguir igual.**

—Naturalmente todos nosotros, expectativas personales aparte, esperamos que de un momento a otro ocurra algo en la izquierda, porque nos resulta difícil imaginar que, aun

después de la tragedia y el derrumbe del comunismo soviético, el Partido Comunista Italiano, cualquiera que sea su nuevo nombre, pueda continuar siendo una fuerza que, más allá de las intenciones, acabe frenando la recomposición unitaria de la izquierda italiana. Con esto, por razones de claridad, no es que yo quiera librar de sus responsabilidades a los dirigentes del Partido Socialista Italiano.

Compruebo, no obstante, que persiste aún en el Partido Comunista Italiano un prejuicio maximalista y sectario que, sin duda, no facilita la recomposición de la izquierda en Italia.

Entrevista de Mauro Martini
Traducción: Mario Merlino